

# DE OSCUROS MARGINALES A INFORMALES ILUMINADOS\*

José Miguel Insulza \*\*

La escena que nos describe Hernando De Soto al comienzo es conocida: "Viviendas modestas apiñadas en torno a la ciudad, una multitud de talleres instalados en éstas, ejércitos de ambulantes vendiendo en las calles e incontables líneas de microbuses surcándolas parecen haber brotado de la nada, ensanchando y densificando el espacio urbano". Los fenómenos no son nuevos: en los sesentas se les denominaba marginalidad y la cuestión de cómo integrar a estos sectores, cada vez más vastos, a la sociedad moderna en condiciones de vida digna, constituía uno de los principales problemas de cualquier gobierno. Hoy el interés por la marginalidad está de vuelta, con dos modificaciones: se le denomina "informalidad" (aunque la equivalencia no es exacta) y, para una cierta ideología poderosamente en boga, no es parte del problema, sino más bien la solución.

En realidad, *El Otro Sendero* podría pasar, en muchas de sus partes, por uno de esos estudios sociológicos que de tiempo en tiempo publican los institutos especializados en temas urbanos. En ese sentido, varios de sus capítulos tienen gran valor. Describen de modo acucioso la formación de los vastos sectores de "informalidad" que hoy forman parte de la realidad urbana de Perú en tres campos: vivienda, comercio, industria. Por cierto existen entre los tres diferencias importantes, pero se les agrupa bajo un mismo rótulo: sin sectores de actividad económica caracterizados por pertenecer a "una zona de penumbra que tiene una larga frontera con el mundo legal y donde los individuos se refugian cuando los costos de cumplir las leyes exceden sus beneficios". En la descripción de estos sectores que viven al margen de la legislación pública y administrativa —no delincuentes, sino gente que no cumple con las

disposiciones en materia de regularización de títulos de dominio, permisos comerciales, permisos de transporte, etc.— De Soto realiza un buen trabajo, en la descripción de las trabas burocráticas y reglamentarias que se atraviesan en el camino del que quiere regularizar su situación, condenándolo a optar por la informalidad, su trabajo de denuncia llega a ser punzante.

Pero lo novedoso de este libro, aquello que lo ha convertido en "best seller", lo que motiva el prólogo de Mario Vargas Llosa —prólogo encendido y revolucionario— y las muchas alabanzas recibidas, son: la novedosa explicación teórica acerca de las causas de la informalidad, el papel positivo que se le asigna en el desarrollo de la "economía de mercado" y las propuestas que el libro realiza para la reforma del estado. Es esto lo que ubica de lleno a "El Otro Sendero" en la corriente más en boga en el pensamiento de derecha contemporáneo: el ensalzamiento pleno del antiestatismo y la elevación de la iniciativa privada al rango de máxima virtud cívica. Se trata del desarrollo "científico" de aquella propaganda televisiva y radial surgida profundamente en los últimos tiempos de crisis: "Iniciativa privada... casi todos formamos parte de ella" o "Empléate a fondo; empléate a ti mismo".

"Cuando la legalidad es un privilegio al que sólo se accede mediante el poder económico y político, a las clases populares no les queda otra alternativa que la ilegalidad". Aunque el lector no lo crea, la frase no pertenece a algún manifiesto revolucionario, sino a Mario Vargas Llosa en el prólogo de la obra. El nuevo líder del conservantismo peruano, un empresario convertido en investigador e ideólogo y un Instituto (el Instituto Libertad y Democracia, creado por De Soto) financiado por el *National Endowment for Democracy* del gobierno de Estados Unidos, la emprenden de modo frontal contra aquel viejo enemigo de la izquierda, "el Estado burgués". Al igual que ella, lo califican de excluyente; el ser Estado de unos pocos, marginador de las grandes mayorías, es lo que ha llevado a algunos de los marginados (Sendero Luminoso) a la violencia irracional y a otros, muchos más, a la informalidad: "La informalidad es una réplica de las mayorías en contra de ese sistema que las ha hecho tradicionalmente víctimas de una suerte de *apartheid* económico y legal" (Vargas Llosa). Pero he aquí que para De Soto, este Estado excluyente no puede ser calificado de capitalista: aquí está la trampa. La tesis central del autor es que "el Perú jamás tuvo una economía de mercado y que sólo ahora, gracias a la informalidad, aquella comienza a abrirse paso —aunque de una manera salvaje

\* Hernando de Soto. (Prólogo de Mario Vargas Llosa). *El otro sendero*. Editorial Diana, México, 1987, 317 pp.

\*\* Centro de Estudios de Norteamérica CIOE

y limitada—. Esta tesis es aplicable a todos los países latinoamericanos y probablemente a casi todo el tercer mundo. "El liberalismo y el capitalismo son igualdad de oportunidades". Ello nunca ha ocurrido en estos países, lo cual significa que lo que ha existido no es capitalismo, sino algo que De Soto define como "mercantilismo". En su definición, mercantilismo es aquella forma de Estado que antepone el principio de la redistribución al principio de la producción de la riqueza. El mercantilismo, nos dice siguiendo el Diccionario de Ciencias Sociales de la UNESCO, es "la creencia de que el bienestar económico del Estado sólo puede ser asegurado por reglamentación gubernamental de carácter nacionalista". No importa que esta definición se refiera fundamentalmente al sector externo de la economía; De Soto la acomoda a fines internos: el Estado peruano (y latinoamericano y tercermundista) es "mercantilista". A través de él, determinados grupos que se han apoderado de ese Estado dictan leyes y (sobre todo) reglamentación ejecutiva destinada, no a fomentar la producción (como haría un buen Estado capitalista) sino a redistribuir en su propio beneficio. Para usufructuar de ese mercantilismo no hay que ser rico ni pobre (sic); hay que estar bien organizado. Es entonces el Estado de los grupos políticos, los sindicatos, los grupos organizados. Son estos los que consiguen marginar al resto a través de presión para leyes y reglamentos excluyentes. La legislación no reglamenta la libre competencia; lo que reglamenta es el derecho monopólico de los que llegaron primero.

Ni ricos, ni pobres, entonces. Sólo individuos que quieren ejercer su iniciativa privada pero son impedidos de hacerlo por el farrago de trabas que les impone este Estado mercantilista.

Naturalmente no sería conveniente ilustrar esta tesis acerca del Estado (o más bien, en contra del Estado) con los padecimientos burocráticos de los industriales, los banqueros o los grandes propietarios peruanos. Al fin y al cabo el principal problema del Perú, como de toda América Latina, es la pobreza y no las dificultades de la riqueza. Es aquí donde los informales entran a jugar un papel fundamental. Lo que la informalidad demuestra es que la iniciativa privada no conoce fronteras de clase. Los informales han llegado a ser propietarios privados de viviendas por valor (dice De Soto) de más de 8.000 millones de dólares. Los comerciantes informales han llegado a ser más de noventa mil y a dar subsistencia a la mitad de la población de Lima. Los transportistas informales transportan a más del noventa por ciento de los pasajeros (de los que no tienen coches desde

luego). Y todo esto lo han logrado con su propia organización, al margen de leyes y reglamentos injustos y burocráticos, a través de sus propias organizaciones y con sus propios recursos. La deducción es simple: ¿Qué no harían si el Estado en lugar de limitarlos, diera pleno curso a sus capacidades?

Probablemente harían poco más. En el trabajo de De Soto no se enfatizan, sino que se mencionan al pasar, algunas características que son centrales a esta clase de informalidad: la pobreza generalizada, la falta de condiciones higiénicas, de alcantarillado, de luz, de agua, que caracterizan las viviendas "informales" del Tercer Mundo; la sobreexplotación, la falta de seguridad social y de empleo estable que caracterizan sus pequeñas industrias y talleres; el abuso de que son cotidianamente víctimas sus integrantes. Sin duda, la legislación restrictiva es un poco más que deben soportar; pero si esa legislación no existiera y desapareciera con ella toda regulación estatal de la actividad de los poderosos, la mayor parte de los informales sería aún más explotada y dañada que ahora. Pretender obtener para la gran burguesía peruana —o de cualquier parte— la eliminación de las muy pocas trabas que tiene su acción a través de una proclama liberal populista es ocultar una verdad esencial: pueden haber algunos empresarios entre los informales: comerciantes, pequeños industriales, empresarios del transporte. Pero la mayoría de ellos aún cambiaría su informalidad por un trabajo industrial estable, que ni la burguesía ni el Estado están en condiciones de proporcionarles. A cambio de ello, les proporcionan ahora una ideología. No son marginales, sino informales; no son desempleados, sino empresarios o trabajadores por cuenta propia; no son una carga para el país, sino el porvenir.

Parece importante examinar las motivaciones políticas que están detrás de este discurso populista, aparentemente tan alejado de la defensa ardorosa de la banca privada que ha hecho Vargas Llosa y de los antecedentes de De Soto y su centro de investigación. Es claro que hay en primer término un motivo político de corto plazo: la derecha peruana no llegara al poder sin un discurso popular que intente cerrar la enorme brecha que la separa de la marginalidad urbana y el campesinado, de donde el APRA y la izquierda sacan sus principales fuerzas. La identificación de los "productores" en todo el arco social es un buen recurso para crear una "movilidad social subjetiva" basada en la noción de que "todos somos empresarios".

Hay también una articulación muy clara de las ideas de *El Otro Sendero* con las corrientes ideológicas que han presidido las experiencias



conservadoras en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y en numerosos países del Tercer Mundo. No en vano sentidos homenajes a esta obra provienen de Milton Friedman, Jean Francois Revel y otros que no se han caracterizado precisamente por su sensibilidad social.

Tras este afán por extender los principios del neoliberalismo al Tercer Mundo hay una necesidad estructural. El proceso acelerado de cambio tecnológico que se vive en esta década y se profundizará en las siguientes, ahondará los problemas del Tercer Mundo en dos sentidos importantes: las nuevas tecnologías tienden a reducir la dependencia productiva respecto de determinadas materias primas y a disminuir las necesidades de mano de obra en la producción. Las dos precarias "ventajas comparativas" de que nuestros países podían gozar para aspirar a recibir la transferencia industrial se estrechan. Ello significa que, sin cambios estructurales de envergadura, la cesantía, la subocupación y la pobreza de las grandes masas de nuestros países pueden hacerse aún mayores que hoy. lo cual a su vez se traduciría en presión política hacia el Estado, conduciéndolo en dos direcciones posibles: el autoritarismo y el "mercantilismo" redistributivo. En ambos casos se distraería de la tarea de permitir la inserción de los grupos financieros e industriales nacionales en el cada vez más reducido ámbito de la producción moderna.

La opción es claro está acentuar la división entre el sector moderno, transnacionalizado de la economía del país tercermundista y el sector tradicional, semi-moderno, de subsistencia. Para ello es preciso eliminar la presión que este sector puede ejercer sobre el primero o sobre el Estado mismo. Reducir la capacidad redistributiva del Estado es un elemento central del proyecto de enclave al que las burguesías locales pueden aspirar.